

Julio del 2017

MEDITA CONMIGO

"Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Tim 1:12)

Hasta donde alcanzamos a visualizar la vida de los personajes bíblicos, cuyos nombres quedaron impresos en las líneas de las Escrituras, y que por medio de sus acciones de fe manifestaron los designios de Dios en la historia, observamos que ellos no vinieron a ser participantes de los hechos de Dios porque les movía algún deseo de ser protagonistas de los mismos; muchos de ellos, por no decir todos, ni imaginaron que lo serían; y más de alguno, cuando fueron llamados por Dios se mostraron un tanto reacios a aceptar el llamado; el más distintivo de ellos en el Antiguo Testamento es Moisés (Ex 3:11); en el Nuevo Testamento, Saulo de Tarso, quien fue encontrado dando *coces contra el aguijón* (Hech 26:14), es decir, persiguiendo al mismo Jesús de Nazareth; pero el rasgo distintivo de todos estos personajes, sin excepción, es que creyeron al que les hablaba; una vez que Dios se les mostró no dejaron de verlo por medio de la fe en medio de las vicisitudes de su vida, fuera en la angustia o la persecución, en escasez, o en tiempos buenos; podían decir como el salmista David: *he confiado asimismo en Jehová sin titubear* (Sal 26:1). Ahora bien, ellos quedaron como ejemplos para los que en el curso de la historia fueran llamados, pero no para emular los hechos portentosos que Dios hizo a través de ellos, sino para ejercitar igual que ellos el vivir por fe (Heb 6:12); esto es lo que ha distinguido a los hombres que Dios ha venido llamando hasta nuestro tiempo presente; ¿Por qué tendría que ser distinto si él es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Heb 13:8)?; hay una larga lista de hombres y mujeres, conocidos y desconocidos que han quedado registrados en la agenda Dios y que se distinguieron por creer en el que los llamó, y por esta causa el Señor usó sus vidas para marcar puntos en la historia; ellos siempre se vieron a sí mismos sólo como instrumentos de Dios (Hech 9:15); jamás pretendieron ser estrellas en el servicio a Dios, cosa que escasea en nuestros días; hoy se levantan hombres aquí y allá con pretensiones de títulos de profetas o de apóstoles, o de maestros, o de pastores, para "lograr grandes cosas para Dios", buscando fórmulas y secretos en la personalidad y en el desempeño de los personajes bíblicos para repetir los portentos de Dios, pero qué lejos está de ellos lo que distingue a los paladines de la Biblia: La FE, pero obviamente no hablo de la fe comercial que se autopromociona con nombres religiosos, sino la que es capaz de decir con sencillez: *porque yo sé a quién he creído; y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día*. Estas palabras fueron expresadas en medio de la tribulación, con la convicción que da el excelente conocimiento de quién es Aquel a quien se ha confiado la vida entera (Fil 3:8), ver a Dios así es obedecer a su requerimiento de mirarlo como él quiere que lo veamos: YO SOY EL PRIMERO, Y YO SOY EL POSTRERO, Y FUERA DE MÍ NO HAY DIOS (Is 44:6); este tiempo que nos ha tocado vivir a ti y a mí está atestado de falacia, de engaño; si no buscamos la lumbrera de Dios (Sal 119:105), que es su palabra, irremediablemente tropezaremos, y arrastrados por el engaño perderemos el galardón que nos esperaba (2 Jn 1:8). No obstante, el mismo Pablo es quien escribió: *conoce el Señor a los que son suyos...* y quiénes son éstos sino los que con corazón de niño creen que DIOS ES DIOS (Dt 7:9). Este conocimiento es dominio sólo de dos: Dios y tú.

Tu hermano el predicador
Fernando H. Nava